

4. La Escandalosa

Clarysse hurgó ansiosamente en los papeles de su difunto esposo. Recordaba haber visto en la gaveta de abajo de su escritorio una foto algo desvaída donde se hallaba reunida casi toda la familia, de pie en la galería, con la mirada fija en la cámara. Ahí estaba la Escandalosa, excepcionalmente, con su blanco vestido de organdí, al lado de Edgar, su medio hermano, vagamente protector. Había sido una real hembra del Caribe, como decían entre admirativos e irrespetuosos algunos muchachos de la familia, que se habían casado sin embargo con beldades más bien blanquitas.

Con el tiempo se había creado en torno a su persona toda una leyenda, y si había terminado postergada, a instigación de un Edgar rencoroso que siempre había querido gobernarla, no dejaba de suscitar interés pese al aislamiento en que vivía en su casita de los altos de Montmartre. ¡Cuántas veces no había oído evocar Clarysse su vida y milagros! Una historia que cada uno afirmaba conocer, pero de que sólo se habían rescatado algunos retazos discutibles. Cuando joven había sido un lindo pimpollo cuyo pelo abundante y ensortijado, de profundos reflejos caoba, llamaba particularmente la atención. Supo sacarle partido, como de todo, decían los maliciosos, y lo mismo que era muy ducha en poner en escena su cimbreante cuerpo, hizo de su cabellera toda una obra de arte. La había peinado de mil maneras, según las exigencias de las modas, a las que se plegaba mucho más de lo que solía admitir.

Hubo un tiempo en que llevó la melena suelta y parecía un ser angelical con su hermosa cara enmarcada por una masa vaporosa y móvil. Luego le dio por hacerse trenzas finas adornadas de pequeñas cuentas de vidrio. Más tarde se alisó el pelo a muerte. Ninguna extravagancia lograba mermar su resplandeciente belleza. La familia Granval a la que pertenecía por el lado paterno primero se hizo la vista gorda. No era directamente responsable de su educación. Emma vivía en casa de su madre.

Pero cuando se pintó los labios de modo incitante y se cortó el pelo a lo Angela Davis —una

perfecta bola compacta y desafiante a la que tuvo, sin embargo, que echar un poco de fijador— se expresaron abiertamente las prevenciones. Su nuevo aspecto de ídolo bárbaro horrorizó a los más ancianos. Nadie deseaba retornar al África, que dejara ella esos ridículos fantaseos a Marcus Garvey, Césaire y otros ilusos de la misma calaña. ¡Máscaras de carnaval no se querían en la familia!

Clarysse escrutaba la foto, pensativa. ¡Qué rápido pasaba el tiempo! ¡Cómo cambiaba el cuerpo!, si hasta la piel de la Escandalosa había perdido su oscuro esplendor y se había vuelto mate, un poco gris, como entristecida tan lejos del trópico. Ladeó la cabeza. La vida...

32. Plaza de la Bastille

Una piedra acababa de chocar ruidosamente contra la puerta vidriera del bar donde se hallaba refugiada Clarysse. La había lanzado uno de esos jóvenes camorristas encapuchados que disfrutaban con sembrar el pánico al dispersarse las manifestaciones. El cristal había aguantado, pero en él se había incrustado una gran estrella de apretados círculos concéntricos y tentáculos ondulantes, testimoniando la violencia del golpe. Los clientes se habían echado atrás instintivamente, al fondo del local, asustados por los previsibles enfrentamientos entre los policías con cascos y escudos y los rezagados, reacios a abandonar pacíficamente la plaza de la Bastille. Clarysse, preocupada por la situación, preguntándose cuándo le sería posible salir de nuevo a la calle, no podía, sin embargo, apartar la vista de esta caprichosa marca del furor de los tiempos. Clavó la mirada en el centro de la estrella, luego en la periferia, volvió al centro, se entretuvo con estos vaivenes, vagamente mareada, perdía pie, como arrastrada por los turbulentos remolinos de los círculos concéntricos.

No comprendía más el mundo en que vivía, imprevisible, de azarosos equilibrios prontos a disolverse, a explotar de modo estruendoso. Socialismo, capitalismo, solidaridad, espiritualidad... Puras pompas de jabón que reventaban absurdamente en cualquier momento. Todo se desmoronaba, no había referencia que valiera, ni modelo que pudiese imitarse. Todo era mentira, timo. ¿Acaso no había quedado burlada ella toda su vida? Sentía que la invadía de nuevo una ola de violenta desesperación. Un olor aturdidor a gasolina quemada entró por los resquicios de la puerta.

Al fondo de la plaza, conforme a un ritual casi mecánico comenzaban a incendiarse algunos vehículos. Se le amontonó la sangre en la base del cuello, le pesaba la cabeza como si fuera a desprenderse de su tronco y rodar al piso. Se llevó las manos a la cara y se secó una lágrima furtiva. Tenía que controlarse, evitar a toda costa esos altibajos emocionales que la hacían oscilar de la rabia destructora al abatimiento y la dejaban finalmente descompaginada.

Divisó a lo lejos a un encapuchado que corría como un gato montés, perseguido por un policía. Se sorprendió deseando que el muchacho escapara al adulto, que se escabullera por una de esas callejuelas que daban a la plaza, que una bella mozueta le lanzara desde un balcón una escalera de cuerda y que se esfumara por los aires... ¡A dinamitar desde los tejados ese mundo podrido!

¿Qué había ganado ella con tanta sumisión, con haber aplicado las recetas ancestrales? Encargó una transgresiva copa de oporto, sin aceitunas. ¡A las cinco de la tarde, tomando licor sola en un bar popular muy en la onda del momento! Mientras la iba paladeando con fruición, procedió a hacer un balance de su vida.

Había quedado engañada por un marido que sabía de entrada que nunca la iba a querer, ¡pura comedia burguesa, puro casamiento de conveniencia! La habían ridiculizado un hijo cruel, la carne de su carne, por cuyo destino, sin embargo, seguía preocupándose, y una «cuñada» a la que siempre se había creído superior. Y ahora resultaba que Emma no pertenecía a la familia, que era una extraña. Y, además, la querida de su hijo desde hacía casi un par de años. ¡Parecía mentira! Todos se habían confabulado contra ella.

Todos sabían, menos ella. Sonrió tristemente pensando en su propia estupidez. Ella que nunca había otorgado crédito a las tesis conspiratorias como posible

explicación de la historia, constataba ahora a sus expensas lo poderosa que podía resultar en el marco de la familia la conjura del silencio. El sabor dulce del oporto, su textura aterciopelada le proporcionaban una intensa sensación de placer. ¡Cómo era posible esa maraña! Que su hijo y Emma le hubiesen mentido con tanta obstinación podía justificarse, finalmente. Defendían su propio derecho a existir. Pero de parte de Edgar, era intolerable.

No siempre se habían llevado mal. Recordó enternecida los momentos felices que habían tenido en los primeros tiempos cuando Edgar, solícito y autoritario, pretendía iniciarla en todo. Le hizo descubrir primero las principales capitales del mundo occidental, le enseñó barrios medievales llenos de recovecos pintorescos, iglesias góticas y barrocas, la llevó a los museos y galerías de arte más prestigiosos, asistieron a conferencias, le contó mil anécdotas divertidas en que salían reyes imbuidos de su poder, financieros oportunistas ágiles como ardillas, de espectacular ascenso y vertiginosa caída, y reinas empelucadas de trágico fin. Clarysse fingía temblar con esas historias de conflictos, venganzas reales, calabozos rezumantes de humedad, máscaras de hierro y guillotina acerada. Edgar afirmaba orgullosamente que era una obligación para los caribeños, a caballo entre tres idiomas y culturas, conocer la historia universal y asumir a sabiendas sus múltiples orígenes. ¡El Caribe era el centro ardiente del mundo, diantre!

Planteó luego la posibilidad de un viaje a África, el continente misterioso, objeto de tantos fantaseos de su parte. Había leído a Maryse Condé, pese a ciertas prevenciones. Quería visitar Senegal, empezando por la isla de Gorea de donde habían salido hacia el Nuevo Mundo los barcos inmundos abarrotados de carne negra. De un viaje a la semilla se trataba, cuya relevancia Clarysse no había sabido medir. Había dejado ver imprudentemente a su esposo su poca adhesión a un proyecto que a ella se le antojaba un tanto lúgubre. Aquel pasado trágico la angustiaba. Quería olvidarse de sus raíces negras. Nunca había conseguido apreciar en realidad, como otros tantos pequeñoburgueses isleños de su generación, ese arte africano que deslumbraba al vanguardista de su esposo y a un puñado de entendidos, pero a ella le parecía tosco, inarmónico, ajeno a su sensibilidad moldeada por los cánones occidentales.

A partir de aquel infausto día creyó advertir en él un notable cambio de actitud. Edgar, defraudado en sus fallidos esfuerzos de pedagogo, herido por el amago de resistencia de su mujer, empezó a distanciarse de ella. Renunció a amoldarla a su antojo. Tras haberle aconsejado inicialmente seguir dibujando y pintando, guiándola con pulso seguro por los universos de los artistas más destacados, la abandonó a su nuevo estatuto de mujer postergada